



LA MADRE DEL PINTOR

(Cuadro al óleo)



RAFAEL CORREA Y SU ULTIMA EXPOSICION

Por _____
PAULINO ALFONSO



I

Vuelve este laureado artista a exhibir cuadros en la Galería Eyzaguirre, y es ésta una nueva y feliz ocasión de solaz para el público aficionado a las bellas artes, y un factor no desdeñable de estímulo y fomento al cultivo de las mismas.

¡Incansable trabajador este artista!:
Aunque físicamente débil, y amenudo afli-

gido por quebrantos de salud, da la nota alta de la perseverancia en el trabajo, y de la perseverancia inteligente y progresiva.

El mayor acercamiento posible a un ideal que se nos escapa siempre, he ahí la aspiración de Correa.

Estudió primero en Chile lo mejor que se podía entonces estudiar aquí, después en Europa, convencido de que bien poco sabía aún, y estudió mucho allí, estudió siete años, primero y durante breve tiempo por cuenta del Gobierno, después por cuenta propia, y en seguida, volvió a su patria a estudiar siempre, y siempre estudia trabajando y luchando.

Es la suya una vida consagrada al arte austeramente, como deben serlo las vidas de los artistas de verdad en quienes la aspiración a la cumbre comporta los desgarramientos de la carne entre las breñas del camino.

II

Posee Correa un departamento separado, propiedad exclusiva suya, en nuestra república artística.

Fué, continúa siendo, y será mientras viva, un pintor de animales. Vió clara su vocación, no le ha sido infiel un sólo instante, y su vocación le ha correspondido.

Comprende y siente la vida del universo en ése su especial departamento con rara y sobria intensidad.

Además de poseer las altas cualidades ideológicas de un verdadero artista, ha

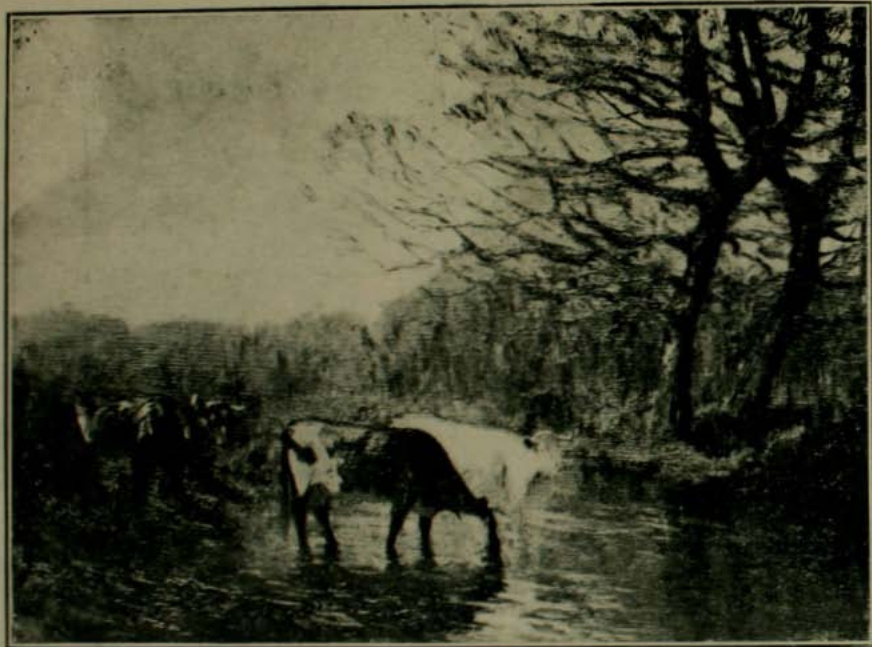
querido hacerse un técnico y lo ha conseguido.

No me refiero aquí a la técnica necesaria para el cultivo de su ramo especial, en que hace mucho es maestro; me refiero a la técnica pictórica generalmente considerada, en que ya va siéndolo.

En esta técnica general, le han preocupado, sobre todo, dos cosas: la factura y el color, como medios elocuentes de expresión.

Su temperamento y su voluntad le han llevado a producirse con una factura co-

netrado de que la factura, por hermosa que haya de ser, no es un fin, sino un medio de expresión, y que, por consecuencia, desde que se advierte que el artista se preocupa más en pulir la forma, que en obedecer a su pensamiento, se altera la finalidad y disminuye la eficacia de la emoción estética. Es probable haya pensado también que la energía y severidad de la factura son adecuadas a la naturaleza de su género especial, en que predominan los vacunos, de formas amplias, en partes casi cuadrangulares, y de pieles recias.



rrecta, pero enérgica, que ya le caracteriza profundamente.

Es un gran dibujante, porque tiene el ojo y la mano de tal, y porque ha trabajado mucho para serlo, convencido de que el dibujo es la base del arte gráfico, y con esa base, y observando la verdad y la lógica de las cosas, ejecuta valientemente, con toque amplio y varonil, tan lejano del despaturramiento sin solidez como de la insulsa virtuosidad.

Sabe que sin ser veraz y lógico, no puede sugerirse interés profundo; y vive pe-

En cuanto al colorido, si en sus primeros tiempos y por varios años, obtuvo con frecuencia efectos de delicadeza y de armonía, no los obtuvo de vibración, de calidez, de intensidad, y muchas veces desleíase en amarillentos y grises de expresión escasa o dudosa.

Ha cambiado en esto profundamente.

Es el mismo individuo, y, sin embargo, es otro hombre; ha realizado a medida que se desarrollaba su inteligencia e iba entrando a la madurez de su edad y de su temperamento, una evolución entusiasta hacia el



calor y la luz: su cerebro y sus pinceles están hoy en pleno verano.

Conducido por esta propia evolución, vive más enamorado que nunca de los efectos ardorosos del cielo y de la tierra, y es siempre intensa, y suele ser conmovedora, la expresión pictórica de sus tardes y crepúsculos.

Esta tendencia, más pronunciada al calor y a la luz, coinciden en él con una tendencia, también cada día mayor, a producir la concentración y la unidad en el efecto, y, sin duda, la facilita, por una razón lógica de coordinación y armonía, que tiende a complementar y exaltar recíprocamente los varios factores de que resulta la expresión total. He venido refiriéndome hasta aquí a la expresión meramente pictórica.

Algo análogo cabe decir del progreso que ha alcanzado Correa en cuanto a la expresión, no ya precisamente pictórica, sino moral y siempre estética, de sus producciones.

Por cierto no ama ni produce nuestro artista la pintura literaria, en ninguna de sus manifestaciones, entre las que descolló la imaginativa y falsa pintura histórica; ni hay en él la menor huella de academismos o trascendentalismos alambicados, más bien, al contrario.

Pero, no figura tampoco entre

quienes tienden, por decirlo así, a sujetar el arte de la pintura en las retinas, reduciéndolo exclusivamente a un arte de armoniosos arabescos o de impresiones coloreadas.

Es un hombre de entendimiento liberal, que no concibe haya interés en limitar el arte dentro de sus fronteras naturales: ni tan lejos que degenera, ni tan cerca que se muere.

Su género no se presta a la sutileza, pero no descarta la emoción, nó por cierto.

Sin hablar del paisaje, de que necesita para el fondo de sus escenas, y que es ya reconocidamente un género artístico

emotivo, la vida de los animales, sus personajes favoritos, es también emotiva...

No incurre en el sacrilegio de negarles el alma; se las reconoce ampliamente, vaga, más vaga que la nuestra, sin duda, pero sensible como parte de la "psiquis" universal, que disfruta de la inmensa vida del espíritu, y en que también se refleja gratamente la inmensa hermosura de la creación.

El ojo del buey de que habla Carducci, en su célebre soneto, no es solo un espejo de cristal animado, es también un lago de alma que refleja la gran llanura verde.

De la emoción del animal se sube di-





recta y naturalísimamente a la emoción humana.

Entiende, por lo demás, Correa y expresa con vigor, la armonía entre las figuras y la índole del paisaje, y éste es otro de sus caminos para llegar al santuario de nuestra alma.

III

¿Sus defectos?

Sin duda los tiene como todo artista, y como todo ser humano.

Su extraordinario vigor, que parecería incompatible con su debilidad física, acaso degenera a las veces en rudeza: tal es, sin embargo, su temperamento, acentuadísimo temperamento de hombre en la vida y en el arte.

La riqueza multiforme de la expresión suele no acomodarse bien con las tendencias absorbentes: tanto más seduce y arrastra el sonido de la lira, cuanto es más completo su cordaje.

Fuera de que la expresión, por decirlo así, masculina, se acentúa y cobra todo su poderío por su inmediato contraste con la expresión, por decirlo así, femenina, y vice-versa: hay una poesía que llamaríamos de la fuerza y otra de la suavidad, y de la armonía y complementación de las expresiones de ambas, resulta la grande expresión.

Esto lo entiende, sin duda, nuestro artista, pero no lo practica lo bastante; lo que (si no nos engañamos) suele perjudicar a la extensión del efecto, y es

pecialmente a la gentileza y misterio de sus producciones.

Ello se manifiesta, sobre todo, en los cielos y en los lejos, cosas en que por lo general, no se exige la fuerza, sino la vaporosidad la transparencia, la aereación indefinida y suave.

¿Pudieran los cielos de Correa ser más vagos? ¿Pudieran sus nubes flotar mejor, moverse más, dar más la impresión de aquellos suavísimos copos, a la par algodónados y acuosos, que pasean sus fugaces glorias por los cielos azulados o amarillentos?

¿Pudieran sus lejos recular más en el horizonte del cuadro y abrir más el horizonte del

alma? ¿Pudiera acordarse, para pintar sus cielos y sus lejos, del buen Papa Corot, sin por eso procurar imitarle, del buen Papa Corot, a quien no todos saborean, pero que no deja de ser por ello la más estupenda y esplendorosa alma de paisajista que ha producido la humanidad?

Ya Correa, sin imitarle, le recuerda en sus grandes masas de árboles sombríos, y en la difusión de los grandes tonos locales que tanto contribuyen a la unidad y grandeza de los efectos.

Si citamos a Corot, no es, repetimos, para que nadie imite sus obras, de lo que resultarían solo "pastiche" más o menos artificiales, sino para que se encare "la naturaleza" como él la encaró cuando acertaba, porque fué entonces cuando halló el camino de la verdad estética, porque fué entonces cuando produjo la belleza; de la manera que se recomiendan los griegos a los escultores, no para que se imiten sus obras, sino para que se imite a los griegos, purísimos admiradores e intérpretes gentiles de la gran naturaleza.

La delicada suavidad que quisiéramos ver a veces en la paleta de Correa, ¿será incompatible con su temperamento?: si tal fuese, no habría más que doblar la hoja; pero hemos dicho que Correa es un espíritu amplio y progresivo, y ya se sabe que ha realizado sorprendentes evoluciones en su manera y en su color. Es, además, de los hábiles que se corrigen, no de los necios que se obstinan.

Vaya un ejemplo de lo último.



Insinuósele, no há mucho, de fuentes puras, que sus fondos de paisajes solían tener muy poco de chilenos y bastante de franceses; lo que no era de extrañarse, dados los antecedentes de su educación artística y la importancia naturalmente secundaria atribuida por el artista a dichos fondos. Pues en los cuadros de la actual exposición observará el público que tal defecto ha sido en buena parte corregido, pues Correa ha puesto en varios de ellos a contribución los humildes ramajes ásperos de los espinos, cuya floración amarilla impregna a su tiempo el aire con el más grato de los aromas, y los esbeltos ramajes desleídos de los álamos que tiemblan bajo el azul como un trémulo ideal, como una plegaria, como una esperanza ascendente.

De todas maneras, Correa es cada día más un éxito en nuestra pintura, el conjunto de cada una de sus telas es más sabroso, más fuerte, más entonado,

y su sentir es más personal, sin dejar de ser sincero, y a todas luces más penetrante. De aquí el interés cada vez más vivo que sus producciones despiertan, no sólo entre los artistas y los aficionados, sino entre el mayor número de las gentes y, por consecuencia, en el mercado general.



Desde algún tiempo, cuadros hay de Correa tan sintéticos, expresivos y vibradores, tan profundamente sentidos, tan racional y noblemente hechos, que, al verlos, las palabras "obra maestra", pugnan por deslizarse aún entre los labios de aquellos que abominamos las exageraciones y las hipérbolos.

No alcanza Correa a cada momento esta fortuna, pero la ha alcanzado, y eso basta para acreditar su posibilidad de alcanzarla y de colocarse, tal vez dentro de no mucho, real y verdaderamente, en la categoría de los maestros.

Que tal va siendo la importancia de nuestro artista, lo comprueba bien a las claras el hecho significativo de que exhibe y vende sus cuadros con honra y provecho, no sólo en la vecina metrópoli de Buenos Aires, que es ya un gran centro, sino en la Europa misma, en que pululan los artistas de talento, y en que, por lo general, poco éxito alcanza el trabajo de los hispano-americanos.

Es que Correa es un alma, es que Correa es.

IV

No tenemos el ánimo de analizar, ni aún someramente, la actual exposición de Correa, que es, por sí sola, el mejor comentario gráfico de lo que dejamos dicho, y que también por sí sola, se impone al aprecio público.

Hay, empero, en esa exposición, y entre los cuadros que débilmente reprodu-

cimos, algunos tan característicos de la manera vigorosa y nutrida y del espíritu sugerente de nuestro artista, que no resistimos a la tentación de decir algunas palabras sobre ellos.

Véase esa magnífica tela de no vastas dimensiones, con un grande espino a la izquierda y uno pequeño a la derecha, y con cuatro vacunos, uno de pie, que podría llamarse, "En plena naturaleza".

La impresión psicológica, ¡qué sincera, y qué apacible! ¡Cuál se ve que el artista penetra el alma del animal, y se impregna en la rústica poesía del medio!

Aquí nada es cohibición, ni esfuerzo; nada inquietud ni dolor; todo es paz, serenidad y reposo; todo respiración a plenos pulmones del aire vivificante cargado de efluvios.

Y, ¡cómo armonizan el brillante matiz de la pradera y el color de la hora cálida del atardecer, sábiamente concentrado en el grupo de animales, con la placidez de la escena!

Pero una vaca roja y blanca, sin perder la calma, está de pie, y atisba el horizonte...: no hay sobre la tierra serenidad cumplida. Fuera de que este personaje varía y exalta y da centro a la composición.

Son notables las concordancias y las intensidades de esta pequeña grande obra, y especialmente su vigor, su suculencia, su colorido.

Véase esa otra tela un poco mayor, y ya no pequeña, en que se representa un piño de animales que empieza a pasar un puente, bajo la dirección del vaquero en un caballo blanco; tela que llamaríamos "Arreados".

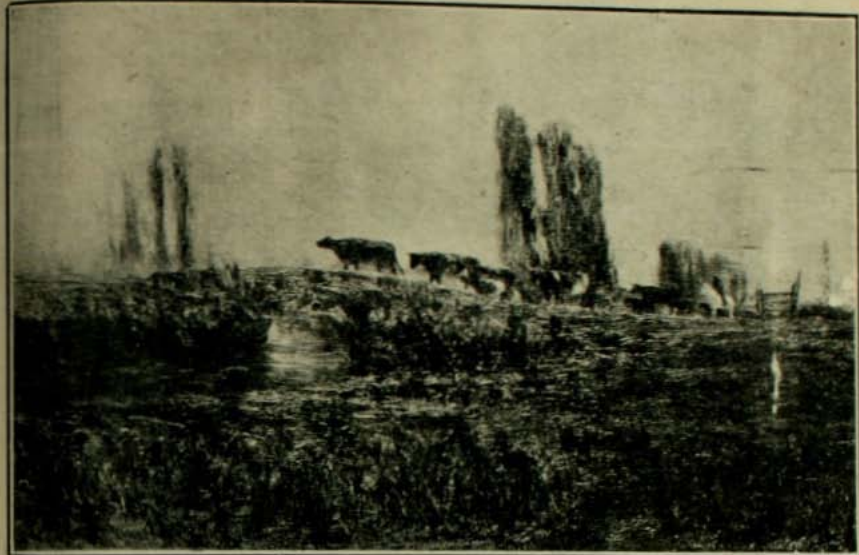
La impresión psicológica es aquí, si cabe, más profunda que allí, y tan de otro género, que casi la contraría.

Aquí todo es cohibición y esfuerzo, inquietud y dolor.

No ha bastado al artista la idea del tránsito, la ha especializado refiriéndola al tránsito por sobre un puente, o sea, un tránsito más estrecho y peligroso, ni le ha bastado un puente como la generalidad de los de su clase, sino un puente hacia el cual es preciso ascender.

Y allí están los pobres animales





a punto de pasarlo. Y el primero, uno de los que más repechan, alargando el cuello, protesta contra la crueldad del destino. Y el segundo, con la mente más concentrada en el esfuerzo, no ya levanta la cabeza, sino que la baja, ya no protesta, sino que se resigna. Y en seguida otros; y después uno retardatario, que al parecer, no quiere marchar. Los unos solos, los otros con sus crías, y detrás de todos, el vaquero, empujándose indiferente como el destino, sobre los estribos, en su caballo blanco.... ¡Marchan talvez a la muerte?

En todo caso vienen de la libertad, de aquella pradera pastosa que les daba la calma bajo el cielo azul.

Y, ¡qué diverso el paisaje! No es ya la campiña amena, no son las luces del atardecer con sus irisaciones armónicas; es la puesta de sol bajo un cielo en su mayor parte nebuloso, que la refleja con esplendores de incendio lejano. Estos esplendores dan un tono local intenso y uniforme a la composición y uniforme e intenso como el sentir de los pobres animales arreados y atormentados.

Y ¡qué diversa la composición!

y ¡qué sobria y qué discretamente equilibrada!

¡Cómo aquí los álamos son severos, y sin dejar de ser aspiración, parecen queja!

Y, ¡cómo los demás factores casi elementales del paisaje, responden a la idea triste, al sentimiento amargo!

Esta es una de aquellas telas de Correa en que la expresión "obra maestra", pugna por abrirse paso entre los labios.



Y, ¿qué decir de los tres medallones?

Cada uno de ellos es una obra y constituyen juntos un soberbio trío.

Los tres paisajes, análogos, y sin embargo, bastante diversos.

La escena en el primero, el más amarillento y claro, es perfectamente normal: dos animales echados, tres de pie, en actitudes diversas; uno de ellos paciendo.

La escena en el segundo, que es más ameno, que tiene algo de la Arcadía, se especializa ya: son animales en el arroyo, como si dijéramos, desalterándose. La escena en el tercero, que es el más intenso y colorido de todos es también la más intencionada y penetrante; un toro de piel obscura estira el cuello y muge, (y se diría oírse su mugido tembloroso), entre un gran espino de ramas como

Y esa otra tela, sombreada en el primer término; con una ráfaga de sol poniente en el segundo, con un grande árbol a lo Corot a la derecha, con dos animales oscuros que beben ansiosos el agua del camino, y uno blanco que aún avanza por llegar, ¡qué noble cuadro!

¡Qué energía la de la factura, qué decisión en los ramajes!

A no dudarlo, sobre todo es Correa viril y sólido. No hay en él veleidades ni flaquezas. Nada bambolea en él; se diría, por el contrario, que en sus cuadros, la ley de la gravedad se aplica con tanta o mayor fuerza que el natural.

Hay en esta tela ilusión, hay profundidad, hay consuelo.

Y hay expresión significativa, pues todos los caminos conocen ráfagas luminosas y abrevados transparentes.



atormentadas, y una mata de cardo florecida

No falta en este cuadro la amenidad: muy al contrario, pues hay en él agua transparente en el segundo plano, y bellísima perspectiva más lejos; pero es la amenidad lejana con la inquietud inmediata.

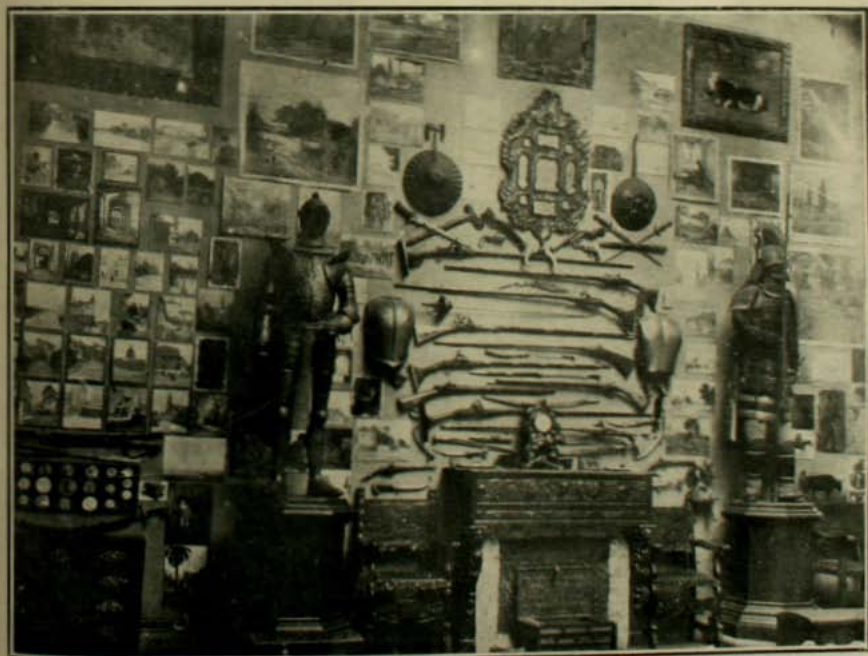
Acentúa la expresión la hora próxima a la puesta de sol, que colorea hermosamente el cielo semi-nublado y da entonación y vigor extraordinario a los demás elementos del paisaje.

¡Qué simple elocuencia, ¡qué admirable unidad!

V

Tiene Rafael Correa su taller en la calle de Santa Rosa afuera, muy afuera, tan afuera que allí no lleguen los inoportunos, y rara vez los oportunos.

Es un gran taller vasto y elevado, con algunos cuadros,



centenares de bocetos valiosos, muebles antiguos, armaduras, armas de distintas épocas, tapices, aguas fuertes fotografías... ; Qué no hay allí! Todo, al parecer, confuso, y, sin embargo, perfectamente organizado y dispuesto, como para solazarse y reposar en medio de esa gran complejidad.

Adjunto al estudio tiene el taller un sitio destinado a observar del natural los animales que para este efecto hace traer de su fundo el artista cuando los ha menester.

Después de la disolución del hermoso taller de Ernesto Molina, no hay duda que es el de Correa el primer taller de Chile.

Pero, más que en el taller, ocúpase nuestro artista en el seno de la naturaleza, que renueva sin cesar su inspiración, y que acaso renueva también las fuentes de la energía en su organismo delicado.

Este hombre débil, que es un pintor tan vigoroso, ama el aire y la montaña, no sólo la montaña fácil de sendas trilladas, sino la montaña abrupta, y la montaña en plena nieve. En ella suele instalarse, y allí valientemente trabaja.

Es la vocación de Correa exclusiva, y como su voluntad es firme, de ambas cosas combinadas resulta en él una suprema concentración de energías en orden al objeto preferido de su actividad.

El estado de emoción estética y de esfuerzo productor, a las veces semi-febril, es en este hombre como su estado habitual y permanente.

La propia juventud no ha tenido para él atractivos perturbadores, ni mucho menos disipaciones locas.

No es ni lejanamente un bohemio, es un hombre arreglado, arregladísimo, de costumbres severas, de gustos económi-



cos, todo ello en armonía con su temperamento, su educación y su moralidad.

Algo de lo dicho y las circunstancias le mantienen célibe. Parece ser de aquellos, acaso no descaminados, para quienes el hombre de ciencia o arte, grande esfuerzo de la naturaleza, y como flor terminal del árbol de la humanidad, se debe exclusivamente a su ciencia o arte. Quizás no se lo agradezcan nuestras hermosas.

Pero, su vida es vida, su firme voluntad se va cumpliendo, su ideal se va realizando.

Y, si Dios le ayuda, quédanle aún largos años de contemplación ardiente y de labor fecunda.

PAULINO ALFONSO.

Santiago de Chile, a 15 de Agosto de 1913.

